

Dramática Iberoamericana para la infancia y la juventud N° 70
CELCIT - ATINA - RED IBEROAMERICANA de ASSITEJ

dios es un bicho

Enrique Olmos (México)

Teatro de actrices y actores: 1 Actriz - 1 Actor
Edad de público sugerida: 7+

PERSONAJES

LUCÍA (8 años) y su **amigo(a)**.

Un **dios** cachorro y onomatopéyico.

Advertencia:

Amplio criterio. Si se acerca a esta obra con intención de llevarla a escena tenga en cuenta que sus prejuicios, educación y preferencias religiosas deben estar en jaque.

Lo mismo hice yo al escribirla.

Instrucciones:

Dos sistemas nerviosos se proponen entender qué es dios; cómo se come o bebe y para qué sirve en la imaginación de un infante.

La puesta en escena requiere adecuar algunas de las voluntades y caprichos del autor al lenguaje verbal, musical y alegórico que precise cada contexto y

cada cuadro actoral, además de ofrecer una versión (objeto, símbolo, animal) de dios.

Para Maya, siempre.

I

Vemos a dos niños jugando con un bicho, como en el resto de la pieza, estarán en torno a él.

— Lo único malo de dios es que a veces huele un poco mal.

— No, más bien dios tiene ganas de ir al baño, pero no sabe avisar y se hace en cualquier lugar de la casa... Y eso sí huele súper mal.

— Bichooo...

— Además, dios tiene ganas de comer todo el tiempo. Siempre tiene mucha hambre y le damos comida en su plato, aunque a veces dejo que también coma de mi mano.

— Bichooo...

— Dios está muy gordo y le gusta que le rasquen la panza.

— Bichooo...

— Dios tiene ganas de estar con nosotros todo el tiempo; es como un bebé.

— Bichooo... Bichooooo...

— Yo quiero mucho a dios. No es mío, es de mi amiga Lucía, pero siempre que puedo voy a jugar con él.

— Es más que divertido, porque con él se pueden hacer todas las aventuras del mundo... Todas.

— Y se llama dios, me dijeron desde el primer día.

— ¿Así se llama?, pregunté.

— Dios, así como lo oyes. “A ver; vayan a jugar con el pequeño dios que se hace tarde y se les escapa el sol”, dijo la mamá de Lucía.

— Desde que lo vi me gustó. Estaba un poco asustado, creo que temblaba, pero pronto lo pusimos a correr libre por el jardín, después lo abrazamos y le pasamos la mano por encima de la cabeza muchas veces.

— A dios le gusta que le rasquen cerca de las orejas.

— Bichooo... Bichooo... Bichooo

— Y desde el primer día nos pusimos a jugar con dios en todos los rincones de la casa de Lucía, lo llevamos a la habitación, después bajamos otra vez al jardín, pasamos muy rápido por la cocina, le dimos agua... A mí me gustaba llevarlo a todos los sitios, es decir, cargarlo. Ya después lo metimos al baño, pero nos regañaron y al final lo dejamos caminar un poquito por encima del sillón y después otra vez en el jardín de la casa de Lucía hasta que se hizo de noche.

— Bichooo... Bichooo

— A Lucía, mi amiga, le regalaron a dios, le dije a mi mamá.

— Dios es muy bonito. Tiene cara de bobo. Pero a mí me gusta.

— Y es muy juguetón.

— A veces también se cansa y bosteza muuucho... Abre la boca muy grande y se le ve una boca repleta de colmillos y dientes grandes.

— Me gustaría tener a dios como mascota. Así como Lucía, le dije también a mi mamá.

— Y ella, que no me estaba prestando mucha atención me respondió de golpe: ¿Qué dices de dios?

— Que me gustaría tener a dios como mascota.

— ¡Dios no es una mascota!

— ¿De dónde sacaste eso, niño? Gritó mi mamá. En ese momento sí me estaba poniendo toda la atención del mundo. Hasta su frente se arrugó un poquito.

— De verdad mamá, dios es la mascota de Lucía. Mira...

—Y le enseñé una foto que tenía en mi celular.

LanuevamascotadeLucía.jpg

— “¿Qué? ¿Cómo es posible? Dios no puede ser un bicho. Esto es muy desagradable”

...

— “¡No puede, no!”, volvió a decir mi mamá, como gritando. “Y no vuelvas a decir que dios es una mascota” ...

— Pero si puede porque yo estuve jugando con él ayer y también quiero ir hoy.

— “No, no y no. Dios es dios y punto. ¡No quiero que vuelvas a ir a casa de Lucía!”
Y me habló mi mamá muy fuerte moviendo un dedo.

— Entonces me quedé sin habla. ¿Ahora qué hice para no poder ir a jugar a casa de Lucía?

II

- ¿Por qué ya no puedes entrar a mi casa a jugar?
- Porque dios no puede ser una mascota.
- ¿Entonces qué puede ser dios?
- Dios es dios, todo el mundo lo sabe.
- Ah...
- Y tú eres una grosera por llamarlo así...
- ¿No te gusta el nombre?
- Dice mi mamá que dios no puede ser un animal. Y que tú y tus papás están locos-enfermos-malditos-ateos-se-van-a-ir-al-infierno.
- ¿Todo eso?
- Sí.
- ¿Qué es eso de malditos?
- No sé bien; algo malo.
- ¿Y ateos?
- Tampoco. Creo que gente muy mala.
- Yo creo que somos gente buena, ¿no?
- Yo también, pero mi mamá dice... Y luego le contó todo a mi papá todo sobre tu dios y él también me prohibió volver a entrar a tu casa a jugar. Dijeron que estaban “muy sorprendidos”.
- Qué mal, pensé que las sorpresas eran buenas.
- Yo también.
- No sabía que tener una mascota era un problema para ellos. Pero ahora con quién voy a jugar. No conozco a nadie cerca de esta casa que le gusten las mismas cosas que a mí.
- Dijo mi mamá también que deberían ir a la iglesia.
- ¿Para qué?
- Para que tu familia conozca el verdadero “significado de dios”.

— Bueno yo les digo a mis papás, si quieres... Oye, oye, antes de que te vayas...
¿Quieres saber qué hizo dios de nuevo? Aprendió algo muy importante... Mira.

Diosensucasita.jpg

— Wow, ya sabe dónde tiene que dormir. ¡Es muy listo!

— Exacto. Es genial porque aprende rápido. Y ya no está tan asustado. ¿Quieres entrar a verlo?

— Ayyy... Me encantaría... Pero no, no puedo. “Prohibido entrar a casa de Lucía”, me dijeron.

— Bueno, tal vez mañana. Le voy a decir a mi mamá que vayamos a la iglesia y así tus papás ya nos dejarían jugar con dios. ¿De acuerdo?

— Sí, es buena idea.

— Tal vez a mi mamá le guste la iglesia...

— Espero que sí. En la iglesia también hablan de dios y de otras personas muy importantes.

— Wow, suena cool. Voy decirle.

— Sí; mañana nos vemos. Me voy a mi casa, no quiero que mi mamá me vea hablando contigo.

Perdón.

— Tranqui. Mañana te cuento cuándo vamos a la iglesia.

— Genial. Será lo máximo verte ahí... ¡Hasta mañana!

— Bye.

III

— Yo creí que era una gran idea. Yo y mis grandes ideas. Pufff.

— Bichooo...

— Ir y decirle a mi mamá que teníamos que deberíamos acudir a la iglesia para ver al dios que tienen ahí y así ya me dejarían jugar en las tardes en casa con...

— “¡No Lucía, que no! Nosotros no vamos a ninguna iglesia. ¡Que te quede bien claro: Este hogar es ateo! Aquí pensamos, reflexionamos, leemos ciencia, pensamiento razonado, pero nada de iglesias”. Nada de iglesias.

— ¿Ateo significa que somos gente mala?

— “¡Claro que no!” Respondió mi mamá. “¿De dónde sacas eso?”, me preguntó abrazándome. “¿De dónde, eh?”

— De... Nadie... De nada...

— “¿Tu amigo nuevo piensa eso, verdad?”

— Él no, él nunca. Sus papás sí. Son ellos.

— Bichooo...

— “¿Dijeron que somos gente mala por qué no creemos en dios, no es cierto? ¿Eso dijeron? Estoy harta de tanta intolerancia en esta ciudad; en qué momento se nos ocurrió vivir aquí” ...

— No; somos gente mala porque dios no puede ser un bicho, un animal no puede ser.

— Bichooo...

— “A ver, Lucía, mi amor”.

— Y entonces fue cuando mi mamá me abrazó aún más fuerte, como si hubiera ocurrido algo realmente importante, decisivo, después me quitó el cabello que tenía entre los ojos y la frente porque no me gusta peinarme y me miró muy fijamente.

— Cuando hace algo así es porque quiere que le preste toda mi atención. Y ahí estaba yo, con los ojos abiertos a más no poder y un poco con miedo y con otro poco de interés y un cosquilleo como entre los dientes.

— “Lo que voy a decirte es muy importante y lo vas a recordar el resto de tu vida”

...

— Mi mamá me clavaba la mirada en la cara y yo quería que mirara a otro lugar.

— “Dios no existe. No hay un dios. Hay muchos dioses, cada sociedad ha creado sus propios dioses, pero no son más que seres humanos exagerados, como con poderes imaginarios. Por ejemplo, piensa en los superhéroes de la tele... Nuestra familia se dedica a la ciencia, no lo olvides, no podemos creer en esa clase de tonterías... Pero respetamos a los que sí creen”.

— Yaaaa; muy bien, pero ¿Por qué mi dios se llama así?

— Bichooo... Bichooo...

— “Ah, es porque queremos que sepas que dios es una palabra más, que no es sagrada ni mucho menos. Además, es un bonito nombre para tu mascota, tú lo elegiste de una larga lista de nombres... Dentro de sí mismo él guarda a un diosillo de ternura... ¿No crees?”

— Yaaaa... ¿Y qué significa sagrada?

— “Ya lo entenderás en su momento. Ya lo entenderás” ...

— ¿Cuándo?

— “Ay, hija, no sé. Cuando seas mayor. Ahora déjame terminar de revisar estos archivos... ¿De acuerdo?”

— Bueno.

— Y me voy a jugar con dios al jardín, un poco confundida, no lo niego. ¿Qué es dios? ¿Por qué mi mamá dice que no existe dios?

— No entiendo nada.

— Bichooo... Bichoooo

— ¿Tú tampoco entiendes, verdad?

— Bichooo... Bichooo...

— Lo veo, lo examino de arriba a abajo, lo acaricio, le veo la cola, sus ojos brillantes, le soplo en la nariz y le pregunto: ¿Por qué eres tan complicado, dios? Yo sólo quería una mascota para jugar y elegí un nombre de muchos que hicimos una vez que estábamos aburridos y mi mamá los escribió en una libreta.

— ¿Por qué pareces un animal común y corriente y eres mucho más que eso? ¿Por qué provocas que mi mamá se tan ponga seria?

— Lo abrazo fuerte y lo llevo adentro de la casa, justo al lugar donde mis papás tienen el diccionario.

— Ese libro gordo que apenas puedo cargar siempre me ayuda cuando no entiendo una palabra.

— Bichooo... Bichooo... Bichooooo...

— A, B, C y D... Ahora solo tengo buscar la palabra dios.

— Paso las páginas velozmente, una y otra hasta que llego a la D. ¡Por fin!

— Después hay que ir paso a paso, página por página, lentamente. Di-...

— Di-os.

Dios. *Fig.* Persona o cosa que se venera por encima de todo **II** Según las mitologías griega y romana existieron doce dioses mayores. **II f.** Deidad del sexo masculino. **II** Personificación máxima en cada una de las religiones.

— ¿Qué?

— Ahora estoy más confundida. ¿Doce dioses mayores? ¿El mío será mayor o menor? ¿Y por qué del sexo masculino? ¿No puede existir una dios mujer? ¿Venerar por encima de todo? ¿Eso qué quiere decir? ¿Y las religiones? ¿Hay muchas o cómo? Buahh, no entiendo nada.

— ¿Por qué es tan complicado entender algo? ¿Por qué dios me causa tantos problemas?

— Uff, demasiadas preguntas. Demasiadaaas...

— Bichooo... Bichooooooo.

— Tú deja ya de hablar, que no me dejas pensar...

— Bichooo, bichooooooooo...
— Seguro tienes hambre.
— Bichooo.
— ¿Quieres más comida?
— Bi-cho.
— Vale, vamos a alimentarte... Seguro que con esa barriga eres un dios mayor.
— Biiiii-chooooo.

IV

— ¿Dios es un bicho?
— ¡No!
— ¿Dios es un bicho?
— ¡Sí!
— ¿Dios tiene cola y patas?
— ¡Claro que no!
— ¿Dios tiene cola y patas?
— Pues claro... Y le encanta revolcarse en la tierra.
— ¿Qué es dios?
— Dios sólo es dios.
— ¿Qué es dios?
— ¡Dios es un bicho gordo!... ¡Vivan los bichos del mundo!
— ¿Dios puede ser un animal?
— No, dios es sagrado.
— ¿Dios es la mejor mascota del mundo?
— Claro que sí. Y la que más come.
— ¿Dios es un bicho?
— Sí.
— ¿Dios es un bicho?
— ¡No!

— ¿Dios es un bicho?

— ¡Sí!

— ¿Dios es un bicho?

— Noooo...

— Encuentro un sobre en la puerta de mi casa; en la puerta que da al jardín.

— “Para Lusía”, dice.

— Lo abro y es un dibujo de dios. De mi dios regordete. De mi dios que camina torpe en el jardín. De mi dios juguetón. Le tomo una foto al dibujo.

Dibujodedios.jpg

— Y abajo dice: “Lusía, me justaría berte. Tambien a dios. Boy a escapar en un rrato. Zaludos.”

— Bien, bien, qué bueno que vendrá.

— Así le puedo preguntar cosas sobre dios porque estoy muy confundida.

— Aunque tiene pésima ortografía, eso sí.

— Quiero saber sobre su dios y que me diga si el mío es sagrado o si es parte de una mitología o qué tanto sabe sobre el tema.

— Bichooo...

— Después de un rato veo cómo se trepa muy hábilmente al árbol que está junto a mi casa.

— Es él.

— Aquí estoy Lucía, no te preocupes. Ya bajo.

— No estaba preocupada, estaba sorprendida.

— ¡Ten cuidado!

— Es muy bueno trepando árboles, parece un experto.

— Y de golpe salta hacia el patio.

— ¿Estás bien?

— Sí, estoy bien.

— ¿Seguro?

— Sí, antes de que vivieras aquí, cuando la casa estaba sin rentar así me metía.

— ¿Por qué entraste así? ¿Sabes que tenemos puerta, no? Si no alcanzas el timbre me gritas y te abro...

— No, es para que mi mamá no vea que vine aquí. Ya sabes que lo tengo prohibido. Mejor entrar por atrás.

— ¿Todavía no te dejan venir?

— Sí... Oye, deberías decirle a tu papá que es muy fácil entrar a tu casa por este árbol.

— ¿Si verdad?

— Sí; podría entrar un ladrón.

— No; creo que en la noche se activa una alarma.

— Ah, qué bueno... Oye...

— ¿Qué?

— ¿Puedo ver a dios?

— Sí, claro... Dios, dios pequeño y gordo, dios... ¿Dónde te escondes? Ven a saludar...

— Ya lo vi. ¡Míralo!

— Bichooo, bicho, bicho, bicho...

— Y dios corre a toda prisa a saludarlo. No cabe duda que dios es un bicho.

— Son buenos amigos. Se quieren.

— Bichooo, bichoooo, bichooo, bichoooo.

— ¿Te gustó el dibujo que hice de dios?

— Me gustó. Es muy, muy bonito, gracias.

— Tenía muchas ganas de verlo y acariciarlo... Como yo nunca he tenido una mascota.

— Sí, por cierto, investigué un poco sobre dios. Al parecer hay muchos.

— Sí, yo también pregunté. Hay un chico en mi escuela que va a otra iglesia, no a la mía y cree en otro dios, que no es el mío y en otro salón hay una niña que cree en un dios que es un elefante gigante o eso dice, a mí se me hace casi una broma...

— Wow. Entonces hay muchos dioses, ¿no?

— Eso parece...

— ¿Y cuál es el mejor?

— No sé. Creo que el mío, bueno el de mis papás, el de mi iglesia es el mejor.

— ¿Y cómo lo sabes?

— No sé; porque es así. Eso dicen mis abuelos. Que nuestro dios es el único, el mejor.

— Oye, ¿hay dioses en otros planetas?

— ¿Cómo?

— Sí, por ejemplo, los marcianos o los mercurianos... ¿Tienes su propio dios o el de tu iglesia también los cuida? ¿Y en todos los rincones del universo se llama dios o tiene otro nombre?

— Mmmm, buena pregunta, yo creo que en realidad los marcianos son dios... Pero no estoy seguro.

— Es muy complicado esto de dios.

— Mucho.

— ¿Y entonces dios puede ser un bicho?

— No sé, no sé; pero para mí este bicho es el dios más bello del mundo... Mira, qué tierno...

— Bichooo, bicho, bicho...

— Le gusta estar contigo. Mira cómo te pide que lo acaricies más y más. Con esa barriga tan grande.

— Bichooo, bichooooo, bichooooo...

— Quiero abrazarlo mucho, antes de que me tenga que ir. No sabía que se podía querer tanto a un bicho.

— Y es cuando mi mamá sale de la casa y lanza un grito.

— Lucía me advierte: ¡Te están buscando!

— ¿Sí, verdad?

— Yo me asusto un poco. Siento que estoy haciendo algo malo, ¿pero por qué es malo estar en el jardín de Lucía jugando? Antes les parecía muy bien.

— ¡Ya me voy! Me tengo que ir.

— Sí, está bien, dice Lucía, ahora sí sal por la puerta... Oye, oye... Espera que te voy a tomar una foto con dios antes de que te vayas.

— Bichooo, bichooo, bichooooooo...

— Sí, me gusta.

— ¡Sonríe!

— Y sonreímos. Todos. Como si solamente durante un segundo todo estuviera bien, todo fuera perfecto. Yo creo que hasta las plantas sonreían y las luces del sol rebotando en las ventanas también y hasta el jardín húmedo de Lucía con todo y su tibio el lodo en nuestras rodillas, mientras las sombras de los árboles nos guiñaban el ojo.

Sonrisacondios.jpg

V

— ¿Por qué todos hablan de ti?

— Bichooo... Bichooo... Bichooooo...

— Porque si respiras y comes y bebes y juegas conmigo tienes que ser tan importante para los demás.

— ¿Por qué?

— Bichooo, bicho; bichooooooo

— ¿Por qué tenemos que creer en un dios? ¿Y por qué existen tantos y tan distintos? Deberían ponerse de acuerdo...

— ¿Verdad?

— Bichooo, bichooooooo, bicho.

— ¿También tú piensas que deberían ponerse de acuerdo?

— Bichooo.

— Lucía le preguntaba muchas cosas a dios como si él pudiera responder.

— Dios a veces solo quería comer, dormir y acostarse en el jardín a sentir el sol de la tarde.

— Bichooo, bichooooo. Bichoo.

— ¿Por qué la gente necesita de un dios? ¿Por qué si los días son tan cortos pierden tanto tiempo pensando en si dios esto o si dios aquello?

— No sé; dice mi mamá que es para sentir la felicidad. Y para explicarnos todo sobre el mundo. Que sin dios mucha gente no tendría explicaciones.

— ¿Para qué quieren tantas explicaciones?

— Ajá. Yo a veces prefiero no saber nada...

— ¿Tu dios te explica todo sobre el mundo y la creación de todo y demás?

— Sí, pero más o menos. Porque después en la escuela dicen cosas distintas a las que vemos en la iglesia. Es muy confuso, por ejemplo, lo de la evolución y todo eso de venir de los monos.

— ¿Qué dicen?

— Pues no se ponen de acuerdo. En mi casa dicen una cosa, el libro de texto dice otra.

— ¿Y cuándo tú vas a la iglesia te sientes feliz?

— No mucho; me obligan a rezar y repetir palabras que no conozco. Más bien me aburro.

— ¿Y qué más hacen?

— Cantamos y leemos cosas...

— Eso suena bien. A mí me gustaría que me llevaran, aunque sea una sola vez a la iglesia, para cantar y leer cosas, ¿no?

— No te pierdes de nada. Al contrario, te vas a aburrir mucho, mucho muchísimo.

— ¿Tú crees?

— Sí; es súper aburrido ir al templo. Yo preferiría quedarme en mi casa a jugar.

— ¿Por qué te obligan a ir a tu iglesia?

— Porque sí, porque soy un niño.

— Los niños no podemos elegir nada...

— Nada de nada.

— Ni siquiera el nombre de nuestra mascota.

— Bicho...o...

— A mí me gusta que se llame dios.

— Bicho...o....

— A mí no. Por culpa de ese nombre tú no puedes venir a jugar como antes. Se pudo llamar Pancho, Patiño o Peluca o Picafresa, como cualquier bicho normal.

— Me gustaría no tener que creer en ningún dios ... Me gustaría que mis papás me preguntaran si quiero ir o no al templo. Porque además a veces me da miedo... Y no puedo dormir.

— ¿Qué te da miedo?

— El infierno. El infierno da mucho miedo.

— ¿Eso es malo no?

— Sí, es un lugar al que va la gente mala. Y nunca vas a poder salir de ahí.

— ¿Cómo mi familia, gente así de mala?

— Creo que sí.

— ¿Y qué pasa en el infierno?

— La gente sufre, hay mucho dolor y oscuridad. Y creo que no hay jardines verdes ni sientes cosas lindas. No sé, cuando hablan del infierno hasta se me pone la piel de gallina.

— ¡Gallina de piel!

— Gallina de piel...

Risas.

— Oye, ya había escuchado del infierno, pero mi mamá dice que eso es imposible científicamente. Mi mamá es científica. Y ella no se equivoca.

— ¿Y eso de científica qué significa? No entiendo muy bien...

— No sé, tampoco entiendo bien; solo que a ella no le impresionan los infiernos... “El infierno está aquí, en la tierra, Lucía”, me dijo hace poco.

— Además, ¿por qué tu familia tiene que irse a vivir al infierno si son gente buena?
Yo quiero que sigan viviendo en esta calle.

— ¿Sí, verdad? Yo también quiero. A mí me gusta. Me gusta mucho.

— Se me hace que eso del infierno son puras mentiras para asustar a los niños.
Aunque a veces pienso que no, que todo es cierto y me dan ganas de llorar.

— ¿Por qué?

— Porque no quiero que ese lugar exista...

— Creo que cada dios tiene su propio infierno.

— ¿Y cuántos dioses hay el mundo?

— Creo que muchísimos.

— A mí me gustaría saber cuántos dioses hay y cómo se llaman y dónde viven y
cuál es el mejor, el más divertido, el más amable, el que come más, el más vago...

— El más gordo.

— Un dios al que le gusten los toboganes y yo creería en él...

— Yo creería en un dios al que le guste bailar y comer helado de coco.

— Yo creería en un dios que ponga helado de coco con mango y chispas de
chocolate en cada árbol.

— Yo creería en un dios que puedas abrazar al dormir.

— Yo prefiero creer en este dios.

— Pero si es un bicho.

— Bichooo.

— Por eso. Es el único dios que he visto en vivo...

— Bichooo. Bichooo. Bichooo.

— ¿Vamos a jugar con él? Ya se puso inquieto. ¡Míralo!

— ¿Le enseñamos otro truco?

— Bichooo...

— A ver si se deja...

— ¿Y no tienes que regresar a tu casa?

— Sí, pero al rato. Ya no me importa lo que diga mi mamá...

- ¿Seguro?
- Sí, seguro... Bueno, hasta que me grite otra vez.
- Te van a regañar.
- Mejor, así me voy al infierno con ustedes...

Juegan.

VI

El intérprete trasciende al personaje, poco a poco va saliendo un tono confesional y biográfico.

- Yo tuve una amiga: Lucía.
- Vivía en la casa de enfrente. En esta misma calle.
- Aquí hay algunas fotos de esa época. Teníamos solo ocho años.
- Estábamos en escuelas distintas, pero nos veíamos todas las tardes. O casi todas...
- En esta calle había pocos niños cuando yo estaba en la escuela primaria. Así que Lucía y yo nos hacíamos compañía.
- Ella llegó de golpe. Sus papás cambiaban de ciudad continuamente. Un día ya estaba ahí, instalada con su cara sonriente y su cabello trenzado y sus pantalones rotos.
- Y poco tiempo después recibió un regalo misterioso... Un regalo genial, un regalo divertido y gordo... Un bicho al que llamaron dios...
- ¿Qué nombre, no? ¿A quién se le ocurre ponerle dios a su mascota?
- A los papás de Lucía. Claro...

Diosynosotros.jpg Jugandoelejardíncondios.jpg Lucíaydios.jpg
--

- Poco después de esas fotos Lucía se tuvo que cambiar de casa, otra vez.
- Súbitamente. Apenas y comenzaban las vacaciones.

— Un día vi estacionado el camión de la mudanza. Y después ni rastro de ella. Se fue a vivir a otra ciudad. Su mamá encontró un mejor trabajo, en otra universidad... Algo así.

— Ya nunca la volví a ver. Ni supe qué pasó con ella ni cuánto creció dios ni qué trucos logró aprender ni cómo siguió investigando todo acerca de los dioses, de dios.

— Dios...

— Y dios que era ese animalejo que todo el tiempo decía: bichooo, bicho, bichooo.

— Mis papás me prohibieron jugar con una niña que no creía en el “verdadero” dios. En nuestro dios. Que para ellos era el único.

— Así los educaron, tampoco tienen la culpa.

— A mis padres no les gustaba que una familia como la de Lucía, una familia de gente distinta, de personas con otra educación, con otra forma de ver la vida estuvieran cerca de mí.

— “Puede ser una mala influencia esa niña”. “Tú tienes creencias muy firmes”, me decían. “Esa niña te puede perturbar”.

— En esa época a mí lo que me perturbaba era el infierno y las imágenes de gente sufriendo del templo al que íbamos. Y esas creencias “tan firmes” realmente eran tuyas, a mí no me dejaron elegir las, nunca me preguntaron: ¿Quieres creer en nuestro dios?...

— Sencillamente me educaron así...

— Aunque ahora que lo pienso, no sé si Lucía creía o no en algo superior. Solo era una niña.

— Más bien eran sus papás los que no creían. Quizá ella sí.

— Es difícil tener que cargar con las ideas de otros. ¿No? Tener que heredar todas esas cosas que ni conocemos.

— Ahora que soy mayor, que soy un adulto y que soy actor y he leído unas cuantas cosas (o más o menos), ya no voy a la iglesia y tampoco me molesta si un bicho se llama dios.

— Al contrario, me parece divertido.

- Solo me habría gustado despedirme de esos dos.
- Me habría gustado decirle a Lucía que no era yo ni mi dios, que yo sí quería jugar con ella...
- Con ella y con ese bicho gordo y feo y peludo y hermoso.
- Y escuchar otra vez...
- Bichooo, bichooo, bichooo...
- Y jugar en el jardín de su casa una última vez.
- Una última vez corriendo, saltando obstáculos, trepando al árbol.
- Los tres en el jardín.
- Sin importar nada más; como si la vida fuera solo eso, correr y sonreír y gritar un poco cuando dios te persigue y caerte y volver a correr y esconderte detrás del árbol y el lodo en las rodillas y las ganas de que las tardes duren días enteros mientras la resolana del sol pega en las ventanas y todo brilla con una intensidad inusitada.
- Sin preocuparte por dioses o infiernos o ciencia o bueno o malo... Solo correr y reír hasta el último aliento. Hasta que oscurece.
- Me habría gustado jugar una última vez en el jardín de la casa de enfrente...
- Una última vez con dios.
- Una última vez con Lucía.
- Pero ya nunca más.
- Ya no.
- No.
- Un beso hasta donde quiera que estés, dios lanudo y regorderdete.

Aparece dios con Lucía para jugar mientras cae el oscuro, lentamente.

Se escucha un bicho, bicho, bicho repetidas veces.

Derechos reservados del texto a nombre de Enrique Olmos.

©Los derechos de esta obra se encuentran registrados ante la Sociedad General de Autores Españoles (número de socio 110068), a quien se debe solicitar autorización para su montaje, puesta en escena, lectura pública, edición y/o traducción; además del autor quien puede fungir como intermediario a través del correo: **info@enriqueolmos.com**

LA OMISIÓN A ESTA CLÁUSULA CONSTITUYE UN DELITO

Todos los derechos reservados.

Buenos Aires (2022)

Si usted está interesado en poner en escena este texto rogamos comunicarse con su autor/a:

info@enriqueolmos.com

Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral CELCIT
Buenos Aires. Argentina.

www.celcit.org.ar

correo@celcit.org.ar

Asociación de Teatristas independientes para niños/as y adolescentes- ATINA
(ASSITEJ Argentina)

Web del centro www.atina.org.ar

Contacto del centro info@atina.org.ar

Red Iberoamericana de Artes Escénicas para la Infancia y la Juventud de ASSITEJ

www.rediberoamericana.assitej.net

rediberoamericana@gmail.com

«Piense antes de imprimir. Ahorrar papel es cuidar el medio ambiente»